

“Para la mayor gloria de Dios”

Historia y crónica orinoquense. Aporte jesuítico (2 vols.)

JOSÉ DEL REY FAJARDO, S. J.
(editor)

Editorial Pontificia Universidad
Javeriana, Bogotá, 2016, 348 y 722 pp.

ES CLARO el objetivo del padre Del Rey, en una empresa que muchos podrían considerar titánica: ofrecer al lector una visión completa de dos temas, la historiografía y la geografía humana de la Orinoquía en los siglos XVII y XVIII (pp. 13-14). Para lograrlo, la obra reúne los trabajos de 29 jesuitas, entre los que encontramos a Pedro Pelleprat, José Gumilla, José Mercado, Felipe Salvador Gilij y Antonio de Monteverde, entre otros. Todas estas voces nos permiten observar el esfuerzo desplegado por cada uno de ellos en el territorio que nos propone el texto. El padre Del Rey nos comenta al inicio que había estudiado con antelación varios de los temas tratados, pero este trabajo plantea como aspecto novedoso el análisis pormenorizado de lo que él denomina “crónica menor”, género de texto que produce la Compañía de Jesús. Entre la vasta producción del autor encontramos un ejercicio de recuperación de la memoria de los jesuitas. Esta nueva aproximación es sin duda un aporte adicional; los textos y testimonios que presenta en los dos volúmenes permiten reconstruir, observar y analizar el trabajo de la Compañía en tierras americanas, en particular su historia misionera. En el caso de los jesuitas, cabe anotar que llevaron a cabo una enorme actividad en diferentes lugares de la América española colonial. La labor misionera ejercida por esta comunidad religiosa estuvo enmarcada por numerosos aspectos que se ven reflejados en la rica documentación que presenta esta obra. El encuentro de los misioneros con el territorio y la población propició un discurso que merece nuestra atención y estudio. La obra propone como estructura, en primer lugar, una erudita introducción; continúa con la historiografía y termina con la extensa crónica menor. En cada uno de los capítulos encontramos de forma detallada su contenido. En el 15, por

ejemplo, dedicado a Mateo Mimbela, la estructura es elocuente: la etapa española, la etapa americana, la cronología, los cursos, el escritor, los memoriales, el acercamiento a la nación betoye. Todos los capítulos tienen una organización similar, lo que señala el nivel de detalle y la riqueza de la información.

En particular, sobre los dos volúmenes, es importante anotar que constituyen un trabajo monumental, tanto por la bibliografía de expertos citada en el texto, como por el trabajo sobre las fuentes primarias. La posibilidad de contar con la vasta producción bibliográfica que generaron los padres de la Compañía de Jesús, en esta época y lugar, es una herramienta invaluable para futuras investigaciones. De acuerdo con lo señalado en el texto, son 121 años de presencia jesuita en este territorio. Es, sin duda, un largo período. Disponer de esta información nos permitirá conocer el trabajo misionero, la labor desarrollada por jesuitas, no solo en cuanto a la catequesis, sino en la esfera de la política, la economía, la educación y la cultura; analizar cómo estos religiosos fortalecieron o impidieron los vínculos de inclusión, cohesión e integración social; evaluar su impacto en términos de la integración e inscripción de estas regiones en el Estado español y la sociedad virreinal, según los ideales de ese entonces. Así mismo, permite identificar y analizar las expresiones de la sociabilidad propiciadas por los misioneros.

En la propuesta de lo que algunos historiadores han denominado la “nueva historia de las misiones”, el análisis de estos textos permitiría desterrar muchos mitos sobre la historia misionera, en particular sobre los jesuitas, y construir aportes sobre este período. Las publicaciones que aparecen en los textos muestran, de modo sobresaliente, las formas de divulgación y difusión de los jesuitas en la época, así que nos encontramos con las principales características de la producción bibliográfica de la Compañía, tales como la riqueza de la información de esta comunidad, que no hallamos con la misma profusión en otras comunidades, o como las múltiples temáticas que es posible descubrir en estos textos.

Es importante señalar que la lectura nos permite descifrar, identificar y

analizar las expresiones de la sociabilidad favorecidas por los misioneros, y ver hasta qué punto dicha sociabilidad sirvió de intermediaria cultural, tal como lo señala el padre Del Rey con numerosos ejemplos. Entre ellos la implementación de la música, considerada por los misioneros como una oportunidad para desplegar su misión, su intermediación con la comunidad. Sin embargo, en el trabajo que nos presentan los dos volúmenes, dicho aspecto no es abordado desde tal óptica, tal vez debido a que no es el objetivo final. Pero no debería ser omitido; la erudición es necesaria, pero igual el análisis.

Emprender una obra como esta es loable, pero no suficiente. La interpretación de esa información, en particular la concerniente a las misiones católicas, es esencial para comprender nuestro pasado. La información que nos traen los textos es útil para entender los procesos de intermediación y cómo se dio el encuentro entre las culturas que habitaban el espacio misionero; pero requiere, tal como lo señala Carlo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, de estudio, análisis e interpretación para dar cuenta de lo cultural, específicamente de lo popular. Eso nos acercaría de una forma clara a la historia que el texto pretende mostrar.

Para no caer en la tentación de lo meramente documental, es indispensable adentrarse en el tema y lograr una propuesta que trascienda la intención de mostrar los trabajos de algunos de los padres misioneros. Sería necesario buscar y conocer las diferentes manifestaciones encontradas por los religiosos y las negociaciones que tuvieron que llevar a cabo con los lugareños. En la extensa exposición de la obra del padre Del Rey es realmente sencillo encontrarlas.

Por otra parte, podría señalarse en los textos una imposibilidad de definir el espacio religioso y las realidades construidas a partir de los encuentros y desencuentros, de la comunicación del acontecer que deriva en relatos o poemas para nutrir la literatura mística, aspectos que Michel de Certeau nos anima a observar y que deberían ser realzados y desarrollados. El fenómeno misionero es necesario comprenderlo y analizarlo para po-

RESEÑAS		HISTORIA
sibilitar la construcción de nuevas formas de ver la historia religiosa. La historia misionera no solo es una suma de desarrollos y resultados; debe ser abordada, y es posible hacerlo, desde la contradicción. Como cuando entre los siglos XVII y XVIII el sistema religioso centrado en las creencias, y que hacía de ellas el marco de referencia de las prácticas, derivó en una ética social en la cual las prácticas sociales establecidas para la fecha tomaron las prácticas religiosas existentes y las convirtieron en objetos útiles. Los modelos de trabajo de los religiosos misioneros, en particular de los jesuitas, obedecen a la formas de pensar propias del período. Los desarrollos que estas alcanzaron se deben a la implementación de dichos modelos, y esto es posible observarlo en los textos citados por el padre Del Rey, en especial los concernientes a las realidades que les correspondió enfrentar, los territorios que encerraban un complejo mundo de encuentros y desencuentros. El trabajo evangelizador del largo período colonial fue más allá de la mera conversión de fieles al catolicismo, pues sirvió además para cimentar relaciones entre la población, de tal forma que los misioneros transmitieron valores y costumbres de su mundo a las diferentes comunidades con las que se encontraron. Los misioneros, y en especial el misionero jesuita, fueron piezas claves para construir y transmitir nuevas formas de sociabilidad, y también sirvieron como enlace para conectar estas poblaciones con los centros de poder; atenuaban, si se quiere, la comunicación que existía con las regiones de frontera. El papel de intermediario cultural que tiene el misionero jesuita de los siglos XVII y XVIII salta a la vista en cada uno de los textos que presentan estos dos volúmenes. Los caminos que recorre, y en los que despliega toda su formación, sirven también como ventanas para conocer, más allá de su vocación religiosa, el trabajo realizado en aras de construir un mundo “para la mayor gloria de Dios”. Es posible encontrar los vestigios de su trabajo en palabras y objetos que expresan y comunican el sentido de la misión en cada uno de los capítulos de estos dos libros.	Este encuentro con los protagonistas de las misiones de la Compañía de Jesús en la región que corresponde actualmente a Colombia y Venezuela, en un largo período de su historia, constituye un material invaluable para estudiar diversos campos de este complejo recuento, como la educación, la lingüística y la literatura, la evangelización, la relación con el entorno, la medicina y el arte, entre muchos otros desarrollados en las misiones. Es necesario que los investigadores los estudien y analicen para encontrar lo que el autor denomina “aporte jesuítico”. Es necesario asumir la importancia de la investigación sobre la Compañía, y la documentación ofrecida por estos dos volúmenes es un punto de partida para hacerlo. El estudio del trabajo de estos hombres y su época puede ayudarnos a comprender una parte de nuestra historia, y a conocer en sus dimensiones reales el papel que tuvieron en la construcción de nuestros imaginarios y nuestra mentalidad. Para terminar, pero no menos importante, hay que reconocer el trabajo del editor de estos dos libros. Un proceso editorial como el que fue preciso en esta obra no es una tarea sencilla; todo lo contrario, es en extremo compleja: el número de referencias, las citas textuales, la extensión misma de los originales, por mencionar solo algunos aspectos, dejan ver lo delicado del trabajo editorial para lograr un texto de fácil lectura y manejo por parte del usuario. El editor, sin dudarlo, merece una felicitación. Juan Felipe Córdoba Restrepo	